

ACCIONES Y ACTITUDES DE LOS VIEJOS EN TRES TEXTOS DE GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Valdivia, Benjamín*
Universidad de Guanajuato
México

Resumen

Una posibilidad de análisis de la técnica narrativa reside en la construcción del personaje, que implica decisiones diversas, entre las cuales destaca la edad que estos tienen en el relato. En la obra de Gabriel García Márquez este rasgo es relevante, pues evidencia que el autor asume la edad como un elemento distintivo del carácter. En este escrito nos interesa localizar esa tendencia de poética a partir de tres ejemplos de personajes declarados como viejos, a la vista de tres momentos en la producción del autor, conforme envejece él mismo.

Palabras clave: García Márquez, actitud, viejos, poética, técnica narrativa.

Abstract

In analysis of narrative technique, a possibility is to focus on character construction, as this implies several decisions, being a relevant one the age of characters along the story. In Garcia Marquez works, this feature is important because it is an evidence that age of each one of them is used as a base for character idiosyncrasy. In this paper, the aim is to point to this tendency of poetics in three exemplar characters declared as already old, belonging to three different stages of García Márquez production, as he is becoming older.

Key words. Garcia Marquez, attitude, elders, poetics, narrative technique

*Doctor en Humanidades y Artes (UAZ), también cuenta con estudios de doctorado en Filosofía (UNAM) y en Educación (UG). Miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua y de la Academia Norteamericana de la Lengua Española. En la Universidad de Guanajuato coordina el programa académico de Doctorado y Maestría en Artes, y dirige el Seminario de Estética y Filosofía del Arte. Universidad de Guanajuato. E-mail: benjamin@valdivia.mx

Finalizado: México, Agosto-2017 / **Revisado:** Septiembre-2017 / **Aceptado:** Octubre-2017

En la juventud, cuando escribí mi novela *El Pelicano Verde*, me interesaba saber cómo sería la vida de alguien que tuviera el doble de edad que yo. Así, el protagonista tiene como fecha crucial el día en que cumple cincuenta años. Caí en cuenta, mediante lecturas y relecturas de las obras primeras de Gabriel García Márquez, que también aparecían con sentido muy específico diversos personajes de edad mayor. Desde *La Hojarasca* (1955) es notoria una necesidad de mostrar cómo la visión de mundo de los personajes de mayor edad establece todas las contradicciones del mundo arcaico, en el cual ellos fungen como depositarios de la tradición. Por otro lado, los mismos personajes, con esa visión ante todo conservadora, eran también quienes sabían cómo vivir, puesto que habían sobrevivido todos los años de su edad. Eso confirma lo que dije alguna vez: “la vejez es síntoma de buena salud”. Avanzo estas notas con la consideración de mi propia experiencia como novelista joven que fui, y con la evidencia de la fruición de García Márquez por introducir personajes proyectos desde su primera novela. Pretendo que estas notas, que ahora se ocupan de tres textos de García Márquez, puedan servir en futuras revisiones y lecturas a constituir una especie de “fenomenología de la vejez” en la obra del Nobel colombiano. Resultaría de interés observar, después de sustanciarlo en la obra, cómo se va transformando la presencia de los personajes viejos en la medida en que el autor se va convirtiendo en uno de ellos; y tal vez no sólo en uno más, sino en uno con sólidas relaciones políticas y culturales, y con bastante poder e influencia.

Imagino a García Márquez como poseedor de ciertas sensaciones que se presentaban en aquellos generales que aparecían en sus primeras novelas, esos viejos militares que, nos dice, tuvieron alguna vez poder y ya no lo tienen más; o quizás como esos otros que lo siguen conservando. Ahora son viejos, pero *en aquel tiempo*¹

¹ Mircea Eliade afirma que la frase “en aquel tiempo” (*In illo tempore*) es la que introduce la actualización del mito. Véase su obra *Mitos y símbolos*, Taurus,

fueron jóvenes con otros ideales, con otras ambiciones. Combatieron para liberar la patria o para sojuzgarla; odiaron o amaron de forma radical; intentaron proezas o realizaron acciones memorables para mal o para bien. Ya sea que pertenezcan a la institución del ejército o sean civiles atados a un destino impropio, lo cierto es que al final se van convirtiendo todos en unos sobrevivientes, en descifradores de una vida pasada o en desengañados de un hado infiel.

Conviene expresar una observación genérica: García Márquez enfoca muchas de las escenas principales de su obra -incluyendo las más amorosas o apasionadas- bajo un halo de épica: la vida es un combate. Y toda victoria parcial de los personajes está orientada a su final derrota en la vejez y en la muerte. Por ese carácter épico, y tal vez heroico, que permea longitudinalmente sus diversas obras, podríamos ver también a García Márquez como una especie de cronista del alma militar. De modo constante aparecen militares aquí y allá, a veces con compasión y a veces con una crítica inmisericorde. Aunque el novelista conserva su distancia de lo que representa la institución castrense y sus ejemplos, en sus textos se conservan como referentes. En ese sentido, habría que apreciar en la obra de García Márquez una especie renovada de épica latinoamericana.²

Esta distinta revisión de lo militar se distinguiría de la épica antigua -como la griega o la antigua épica hispánica- porque los personajes no son presentados de modo directo en la situación del combate, sino que están ocupados en sus deberes domésticos y en sus relaciones sentimentales, difiriendo así de aquellas épicas antiguas.³ Por un lado,

Madrid, 1982.

² Esta épica militar latinoamericana desbordaría el género de novelas de dictador como sucede en Martín Luis Guzmán, Asturias, Roa Bastos o Vargas Llosa, para presentar un panorama amplio de la vida castrense con sus venturas e infortunios.

³ La *Iliada* se concentra en la guerra misma y el entorno asociado al poder ejercido con apoyo del ejército, iniciando así un enfoque que pasa por *El cantar de*

se supone la guerra en la que participa la milicia; por otro, se evidencia la relación de la guerra con la muerte. García Márquez enlaza el ambiente militar con la pérdida de las vidas, en un tipo de “épica de lo funerario”. En sucesivas obras tienen lugar elementos funerales. De hecho, la escena inicial de *La Hojarasca* es la conciencia de la muerte. Velorios, cortejos, rituales, epidemias, entre otros componentes, subrayan en sus novelas que la muerte está allí -a veces insospechada, a veces muy anunciada- como un eje constante. El efecto de la muerte, o por lo menos el peligro de la muerte, ocupa un sitio relevante dentro de su novelística, y desde luego las obras periodísticas.

La evocación de la guerra acude a dos bandos opuestos: el ejército y los revolucionarios, empeñados ambos en dar el golpe para apropiarse del estado. Como queda dicho, las situaciones fatales que no implican directamente lo castrense también participan de esa épica del agonismo: los funerales; el secuestro como peligro de perder la vida; el cólera como enfermedad dispuesta para matarnos; el naufrago que se sobrepone a su desaparición; la crónica de una muerte ya anunciada, entre otras instancias funerarias, permean todo el hecho narrativo, al menos por implicación. Pero interesa, en todo esto, destacar una de esas variaciones de la inminencia funeraria: la vejez. La enfermedad y la guerra estarían de forma clara en esa línea, pero tendrían un cierto carácter de evitabilidad, ya que la diplomacia puede contener la guerra; y la medicina a la enfermedad. Pero la vejez representa una forma inevitable de aproximarnos al fin, conforme al orden natural de la existencia: algunos niños mueren, algunos jóvenes mueren, pero todos los viejos mueren. Así lo dice en *El Coronel no tiene quién le escriba*: “es el primer muerto de muerte natural que tenemos en muchos años”. Esta épica concibe que lo extraño es que alguien muera de muerte natural; pero también advierte una inminencia,

Roldán hasta la novela de la revolución mexicana y las novelas acerca de los dictadores latinoamericanos.

como se dice en *La cándida Eréndira*: “la muerte es la última orden de dios”. Como seres que son *ordenados* durante toda la vida, podemos sentirnos reconfortados en el último instante, cuando Dios no nos podrá ordenar nada más: el cumplimiento de la vejez culmina en la desobediencia de la muerte.

En la presentación del libro *La llama doble*, le preguntaron a Octavio Paz que por qué escribir sobre el erotismo después de los ochenta años; su respuesta fue que “las pasiones de la vejez son peores que las de la juventud”. La vejez no agota los deseos, sino el tiempo. El que llega a viejo tiene otra idea del mundo. De allí el interés en ver qué ideas del mundo pone García Márquez en sus personajes viejos, en especial si pensamos que los seres humanos, en la época prehistórica, eran viejos a los treinta años; y eran los más sabios de la tribu y podían transmitir sus conocimientos de esos *larguísimos* treinta años de supervivencia. Años que eran realmente de supervivencia.

Álvaro Mutis, en la idea que encabeza la edición de *Cien años de soledad* hecha en 2007 por las Academias de la Lengua, dice lo siguiente: “He pensado a menudo que Gabriel nació ya maduro, viejo no, nunca lo ha sido ni creo que lo será ya. Tiene un aura de intemporalidad que lo asimila a sus personajes”. En esa apreciación de Mutis de que el escritor nació maduro y nunca llegará a ser viejo, nos da la sensación de un posible tema de interés para el conjunto de la obra, una propensión, una tendencia directa, dado a que vamos a desaparecer, pero de muerte natural, y no como sucede en la épica de la guerra. Notemos que, desde *La Hojarasca*, cuando García Márquez cuenta con 28 años, describe al anciano, en voz del niño: “Mi abuelo que tantea con el bastón a cada paso para no tropezar con las cosas, (no ve bien en la penumbra y cojea)” (p. 11). Es así como es dibujado el viejo; sin embargo, a pesar de sus dificultades físicas, el viejo es persona muy sensata. Cuando llegan los cargadores con el ataúd él es quien se levanta y les ordena

ponerlo en tal sitio o que hagan tal cosa. El anciano es quien tiene la idea. Al respecto, dice el niño: "...vi a mi abuelo en la puerta, hablando con los hombres y lo vi después dándonos la orden [a mí y a mi madre] de seguir adelante" (p. 13). El abuelo es el que sabe lo que hay que hacer, dónde hay que colocar al muerto, dónde hay que poner la caja, dónde debe ir el niño. Precisamente en esa circunstancia el niño descubrirá el cadáver. Del contexto, dice esto:

(...) vi a mi abuelo tratando de abrir una ventana que parece adherida a sus bordes, soldada con la madera del marco y lo vi dando bastonazos contra los picaportes, con el saco lleno de polvo, que se desprendía a cada sacudida. Volví la cara a donde se movió mi abuelo cuando se declaró impotente para abrir la ventana (p. 13).

Sólo entonces el niño ve que *alguien* está tendido en la cama mientras el abuelo se estuvo esforzando inútilmente. Ese abuelo, que sabía todo, no sabía cómo abrir la ventana. Allí están los dos extremos que vemos en la vejez según García Márquez. Por un lado, la autoridad del que sabe, el que tiene la voz, el que señala la acción a realizar; por otro, la debilidad del que no puede ya caminar firme, que anda con el bastón y no puede abrir la ventana. Esa condición contradictoria tendrá el matiz opuesto, como nos muestra el propio novelista, en una debilidad mental o cultural a pesar de conservarse la destreza física. Por ejemplo tenemos al patriarca, en *El otoño del patriarca*, del que se dice:

(...) firmaba toda clase de leyes y mandatos con la huella del pulgar, pues entonces no sabía leer ni escribir, pero cuando lo dejaron solo otra vez con su patria y su poder, no volvió a emponzoñarse la sangre con la norma de la ley escrita, sino que gobernaba de viva voz y de cuerpo presente a toda hora y en todas partes con una parsimonia rupestre, pero también con una diligencia inconcebible a su edad (p. 12).

Notamos que la debilidad del patriarca era de capacidad intelectual, o al menos para escribir; no obstante esa limitación, de viva voz gobernaba "con una diligencia inconcebible a su edad". A la inversa, hay también una vejez precoz, lo cual es una figura sorprendente. El ejemplo es proporcionado por el gran libertador cuando, en *El general en su laberinto*, se dice del él:

(...) había cumplido cuarenta y seis años el pasado mes de julio, pero ya sus ásperos rizos caribe se habían vuelto de ceniza y tenía los huesos desordenados por la vejez prematura y todo él se veía tan desmerecido, que no parecía capaz de perdurar hasta el julio siguiente.

Cuando Manuela, la esposa, le está leyendo al general, dice de éste el narrador: "había sido joven hasta hacía poco tiempo, cuando sus carnes empezaron a ganarle a su edad". La divergencia entre las capacidades físicas y las interiores, o entre la apariencia del cuerpo y la edad real, dan una gama de matices que el escritor aprovecha en cada ocasión. Y existe, de igual modo, una proporción inversa entre el joven García Márquez, quien a los veintiocho años de su edad nos ubica frente a un abuelo muy típico en *La hojarasca*, y el autor que tiene 62 años y nos presenta al "viejo" general de 46. Vemos una transformación combinatoria de las divergencias caracterológicas de la edad, tanto en el trazo de los personajes como en el desplazamiento objetivo de la edad del novelista mismo: cuando García Márquez es más joven, sus personajes que son viejos evidencian ser gente mayor; pero cuando rebasa los sesenta, empieza a suceder una visión contraria. En ese sentido, habría una simetría inversa, pero eso deberá ser motivo de un tratamiento diferente.

A la vista de lo anterior, conduciremos estas notas a concentrarse en las acciones y actitudes de los viejos en tres textos muy específicos de García Márquez. Ellos son *El coronel no tiene quién le escriba* (1961), novela escrita cuando el autor tiene treinta años; y *La increíble y triste historia de la*

cándida Eréndira y *de su abuela desalmada* así como en el cuento *Un señor muy viejo con unas alas enormes*, siendo ambos textos publicados juntos cuando García Márquez ronda los cuarenta y cinco años, en 1972. Lo que sigue, pues, intentará una primera aproximación a una tipología de los viejos, mediante un seguimiento, no exhaustivo desde luego, de sus acciones y actitudes.

Iniciaremos con *El coronel no tiene quién le escriba*. El protagonista tiene 75 años y ha prestado sus servicios en el ejército, con tal pericia que ha llegado a obtener el grado que ostenta. Al ser un oficial, su expectativa, al término del conflicto armado en el que participó, ha sido la de recibir una pensión digna; pero su situación queda sometida a los vaivenes de la política y a la inestabilidad del gobierno. En ese contexto, se exponen ahora, en un rápido listado, elementos relevantes de lo que acontece al coronel y a los personajes relacionados en directo con él.⁴

Enfermedad. Como dijimos antes, la vejez es preludio de la muerte inevitable; y la enfermedad, inevitable a su modo, es una condición arraigada en forma creciente en el paso hacia el envejecimiento. No sólo el coronel muestra las evidencias del deterioro, sino también los circunstantes que lo acompañan en la aventura creada por García Márquez. La esposa padece asma; don Sabas, diabetes. El coronel, por sí mismo, padece problemas intestinales a lo largo de la novela; sobre todo con un clima adverso, pues el invierno le maltrata las vísceras. Dentro del cuadro clínico del coronel tiene sitio primordial el insomnio, bordeado por la preocupación. El continuado quebrantamiento de la salud se equipara a una auténtica agonía: “esto que tengo no es una enfermedad sino una agonía”.

Pobreza. La enfermedad, con todo y ser una condición humana, es un rasgo social con fuertes lazos económicos, como bien lo demuestra el poder de la industria farmacéutica. García Márquez contrasta la situación del coronel, quien ha servido a la patria con riesgo de su vida, frente a la de don Sabas, que se distingue por medrar y sacar ventaja. Don Sabas tiene propiedades y dinero, por lo cual su tratamiento de la diabetes incluye los medicamentos adecuados y la participación del médico. Opuesto a ello, el coronel no tiene sino aguantar los síntomas y resistir, mientras empeña o vende sus últimas pertenencias, quedando en la indecisión el destino de su postrer bien: el gallo de pelea. En diálogo del coronel con su esposa surge esta frase: “creo que ya no quedan sino cincuenta centavos”.

Espera. La espera hay que distinguirla de la esperanza. Resulta interesante reconocer que los viejos tienen menos tiempo futuro en el cual pueda cumplirse lo vislumbrado; y sin embargo el coronel asiste cada semana a verificar si el correo ha traído el documento que desde hace años debía haber llegado. Así, pareciera que la vida del coronel en los años recientes ha consistido en esperar. Esta condición paradójica de estar esperando justo en los años finales que son los que menos expectativa tendrían, logra su efecto literario al permitirnos compadecer al coronel y simpatizar un poco ante su desventurada paciencia. En otro rango, el coronel tiene la esperanza de continuar vivo, precisamente para atestiguar el cumplimiento de la promesa y recibir, todavía con vida, la carta del ministerio informándole de su pensión. La espera ha sustentado a la esperanza. No obstante, existen intermitentes episodios de resignación, considerados como “mal síntoma”.

Actos excesivos. Al no tener ya la cantidad de asuntos y compromisos propios de sus años maduros, el coronel tiende a ocupar su tiempo con reiteraciones y minuciosidades. La compulsión de no faltar una sola vez a

4 Prescindimos para estos listados del constante señalamiento de las páginas exactas de donde provienen las citas textuales, dado que los tres son textos breves y existen versiones digitales disponibles para agilizar cualquier búsqueda específica que algún lector pudiera requerir.

la llegada del correo; el cultivo del gallo; y como ejemplo radical el hecho de leer el periódico de modo completo y sin faltar una sola palabra.

Soledad. En ese exceso de esperar, el coronel se sabe un sobreviviente y reconoce ser el último de su clase: “todos mis compañeros se murieron esperando el correo”.

Hambre / flacura. La enfermedad y la pobreza merman la condición física del coronel y le dan una pátina de cierto franciscanismo impuesto por las circunstancias. Se describe el cuerpo del coronel en estos términos: “Apoyó en el hueso del muslo la mano derecha — puros huesos cosidos con fibras nerviosas”.

Amor. La relación con la esposa nos muestra un compañerismo longevo. Pero, aunque ha compartido décadas con ella, se sorprende y reconoce que no termina todavía de conocerla, al encontrar en ella reacciones inéditas. Esa ruta paralela hace visibles algunos momentos de desarreglo y desgaste. En un pasaje, el coronel “sintió que algo había envejecido también en el amor”. La desavenencia relativa a aspectos como la crianza del gallo, la venta de los últimos enseres, la relación con los potentados del pueblo se advierte como una distancia y una percepción deformada. El coronel le dice a su esposa, no sin humor: “eres idéntica al hombrecito de la avena Quaker”. A su vez, la esposa percibe un desaparecimiento metafísico del coronel, en el cual, dice el narrador, “lo sintió completamente humano, pero inasible”. Esa barrera invisible se convierte en una falta de comunicación; o al menos en una carencia de temas de conversación, que se resuelve en no tener nada de qué hablar: “se sentaron a desayunar en silencio”.

Orgullo. Por lo que haya hecho durante su extensa vida, el viejo expresa el orgullo, volcado muchas veces como intransigencia o altivez. Se asume a sí mismo como alguien digno de respeto, con independencia de si eso es verdad o no. Al no recibir el respeto que cree merecer, crece su altanería orgullosa,

visible en la sequedad del trato y la exaltación del propio yo. El compadre dice al coronel: “Cuando salía a buscarlo esta tarde no encontré ni el sombrero”; a lo cual responde el coronel: “No lo uso para no tener que quitármelo delante de nadie”.

Nostalgia. Esta desviación anímica consiste en añorar la vida de antes. Entendamos que no se trata del opuesto del olvido, ya que el pasado es factible de ser recordado sin que se pretenda que aquel tiempo fue mejor o que convendría volver a vivirlo.⁵ La nostalgia, en tanto que sentimiento de incompletitud del presente, es una deformación. Se relaciona con el orgullo del viejo, que no tiene nuevas acciones relevantes y prefiere evaluar como positivas sólo las acciones pasadas. El proverbio que afirma que todo tiempo pasado fue mejor revela esa distorsión causada por la nostalgia. Al sentirse acosado por la debilidad física y el apuro financiero, el coronel afirma: “si tuviera veinte años menos sería diferente”. Ya no se mira hacia el futuro sino hacia el pasado.

Estrago histórico. En un lance de objetividad, el coronel descubre que el desastre no es sólo suyo sino de todo el pueblo. El estrago de la vejez le pertenece a él, pero en un contexto en el que nada se salva: se confirma una vejez histórica de los pueblos. Dice el narrador: “Desde hacía mucho tiempo el pueblo yacía en una especie de sopor, estragado por diez años de historia”. Dicho sopor tiene la doble salida de exigir su renovación o dictar su conformidad.

La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada es otro texto ejemplar para los fines de una incipiente tipología de la vejez en la obra de

5 El tópico de la nostalgia cuenta con contradictores de prosapia. Al respecto, Atahualpa Yupanqui afirma, en *El payador perseguido*: “recuerdo aquellos desvelos / pero no miro pa’ atrás”. Menos conocido, pero contundente, es el poema de Germán Castillo: “Que llegue pues, / disoluta, / perra impúdica, / la estúpida nostalgia. / Que llegue y nos vare, / nos arranque los ojos / y las manos. / Nosotros le dimos visa, / ruta, bienvenida / y hospedaje / al no poder / sacarle chispas / al presente.”

García Márquez. La abuela está por cumplir 72 años hacia al final del relato. Es dueña de un carácter opuesto al del coronel. Para empezar, es una figura femenina, lo cual puede ser relevante si nos preguntamos cuántas protagonistas —primeras combatientes— tienen las novelas o los cuentos de García Márquez. Si vemos la proporción, no de personajes sino de protagonistas, en que la historia sea respecto de una mujer, tal vez descubriríamos que García Márquez no concibe su épica para las mujeres, sino para caracteres machos. Quizás por la estructura de la institución del ejército. En el caso que nos ocupa, nos centraremos en el personaje de la abuela, aunque la historia gira también en torno a Eréndira.

Incapacidad física. A diferencia de las enfermedades que aparecen vinculadas a la vejez en el contexto del coronel, la minusvalía de la abuela no es presentada como resultado de una condición orgánica sino como efecto de excesos e intemperancias: “parecía una hermosa ballena blanca en la alberca de mármol”, y no podía moverse sin apoyo de alguien o, al menos, de un bastón, pues “era tan gorda que sólo podía caminar apoyada” a consecuencia de sus “nalgas siderales”.

Amargura / memoria. Lo que en el coronel es nostalgia, en la abuela es amargura: ella tiene plena conciencia de que el tiempo pasado es irrevocable y no quiere volver a vivir aquellos acontecimientos, sino superarlos, lo cual ha sido infructuoso y la coloca ante “la amargura de los buenos recuerdos”. Tanto porque están perdidos en el tiempo imposible como por los contenidos de esas épocas que son recordados. Pero, por otra parte, la abuela construye una memoria propia para imponérsela a la veracidad de lo que sería recordable por haber sido real. Errar en los recuerdos para superponerles un deseo o una percepción diferente es lo que sucede a la abuela, por medios alucinatorios o de equivocación: “el tiempo de la noche le equivocaba la memoria”.

Virtud onírica. En este personaje inusitado se podría esperar algún signo misterioso. Y lo hay: la abuela tiene “la virtud de continuar viviendo en el sueño”. Esa característica extraña, además, tiene plazos intergeneracionales, ya que la nieta ha recibido el mismo legado. Es dable suponer que el paso del tiempo exacerba dicha cualidad, lo cual explicaría la amargura de la memoria arrepentida y el error al recordar: el sueño que es vivencia tal vez rige alguna porción fronteriza de la vigilia. De modo complementario, la abuela “sueña las cosas”, de tal forma que la verdad de lo real está inscrita también en la verdad de lo soñado.

Dignidad. A pesar de todo, esta “matrona implacable” que ahora es una masa enorme apoyada en un bastón, vivió una etapa en la que la llamaban “La dama” y poseía un atractivo inimaginable, al que se remite el relato en estos términos: “aun en su edad [...] hubiera podido decir que habría sido la más bella del mundo”. En un pasaje posterior se confirma que era “la más hermosa de la tierra”.⁶ La actitud es conservada a pesar de todo; y no sólo por esa belleza incalculable. Recordemos que la nieta ha quemado lo que le quedaba de casa y de riqueza a la mujer; y luego acontecen dificultades y estrépitos que la dejan en indefensión y abandono; entonces, nos dicen, “aún en aquel estado de infortunio conservaba el dominio de su dignidad”. Esta dignidad no sólo es orgullosa sino altanera. En comparación con el orgullo del coronel, la abuela sí se ve a ella misma como alguien que merece respeto: él quiere que lo traten como un igual, por eso no usa sombrero y no tiene que descubrirse ante nadie; ella, en cambio, no se asume como una igual sino como superior.

6 El asunto de la belleza conservada en la vejez o actualizada a partir de la belleza de aquel entonces es un tópico que aparece muy claro en los sonetos 2 y 3 de Shakespeare: la belleza actual remite a la belleza de otro tiempo. Claro que el bardo de Avon trata el tema desde la belleza de la hija como evocadora de la anterior belleza juvenil del padre, pero el contenido es análogo: saber que la vejez actual conserva el lazo con aquella previa. Así lo afirmé en otra ocasión: lo que fue bello, seguirá siendo bello en el lugar del tiempo donde lo fue.

Falsa conmiseración. La abuela quiere hacerse pasar por buena persona, aunque lo primero que sabemos de ella, desde el título, es que es una persona desalmada. Sus acciones van orientadas siempre por un camino egoísta y no se detiene ante el sufrimiento ajeno, ya sea de su propia nieta o de alguien más. En vez de perdonar el incendio —que en cierta medida fue causado por su demandante imposición sobre la nieta— obliga a la culpable a prostituirse; pero la falta de perdón o empujarla a comerciar con su cuerpo son cosas reforzadas por nuevas turbiedades: regatea el precio de la nieta como si fuese una mera mercancía, sin más miramientos que el lucro. Y prosigue en ese oscuro celo con una hipócrita increpación: “Que creen que esta criatura es de fierro. Ya quisiera yo verlos en su situación. ¡Pervertidos!” Ella misma, que ha sido la causa de la perversión, que regatea precios y determina horarios o frecuencia de venta de la nieta la defiende mediante lástimas ante los usuarios del servicio. Puede ser que la lástima de la abuela sea genuina, pero no deja de ser hipócrita, aun con la verdad que pudiera contener. Junto a todo eso, la moral de la abuela termina por ser avalada por el senador Onésimo Sánchez.

Actos excesivos. En el relato acerca de la abuela encontramos también actos excesivos. Y no sólo porque se trate de una técnica de “realismo mágico”, como ya vimos también en el caso del coronel. Esta anciana es congruente con su masiva humanidad para imprimir un todo exagerado a muchos rubros de su existencia. Destaca el hecho de que toda la riqueza obtenida la cargue siempre consigo en un chaleco de lingotes de oro. En lo que toca a la imposición sobre la nieta, a la que mantiene esclavizada, le coloca a ésta una cadena de perro, con la que se puede movilizar sólo en un sector del recinto.

La muerte. Para la abuela se otorgan varios nexos con el fin de la vida. Uno es el de su participación en un asesinato: según lo cuenta en medio de uno de sus delirios, ella es la mujer que mató al pirata. Hacia el

final del texto, vemos con asombro cómo es capaz de comerse un pastel con medio kilo de veneno para ratas sin que le pase nada. Al tiempo pierde el cabello, lo cual es daño mínimo frente al hecho de haber consumido una libra de arsénico. Llegado su fin, recibe la justicia de morir a manos de Ulises, nombre alusivo, de quien al último vence a esa anciana que muere siendo “grande, monolítica, gruñendo de dolor y de rabia”. Si en la vejez de la abuela hay dignidad, también hay una decrepitud, acelerada por el envenenamiento, patéticamente grotesca en sus estertores.

No cumpliríamos el objetivo, en este segundo texto de nuestra aproximación, si no recurrimos a un par de aspectos. El primero toca a la presencia del cartero; el otro a una alusión intertextual de parentesco. Hay un guiño especial en el cartero, que nos indica que la vejez es cosa que empieza en la juventud: le sucede a los jóvenes. Una fenomenología de la vejez debe pensar cómo es que los jóvenes llegan a ser viejos. En primer lugar por la salud que logran mantener; por otro lado, consiguen morir de muerte natural, no en los combates militares que truncan generaciones y que son aborrecidos por las madres.⁷ Así como el general, en su laberinto, era ya un viejo a los cuarenta y seis años, en este caso el cartero, “no tenía más de veinte años, aunque estaba envejecido por el oficio”. No se nos aclara cómo el oficio de correo pudo ser causa del envejecimiento prematuro, pero podemos suponer que sucede a causa del clima extremo y la adversidad de los vientos y la arena. En ese caso tenemos un recorrido diferente de los jóvenes hacia la vejez: su oficio.

La alusión intertextual que mencionamos arriba sucede en doble vía: la onomástica de Ulises, ya señalada, y la de su abuelo, que resulta ser un viejo con alas, cosa inédita en la historia del mundo: “el que las tenía era mi abuelo -contestó Ulises en su naturalidad-

⁷ Esta frase es de Horacio. En latín la expresa así: *bellaque matribus detestata*. La he traducido como “Y las guerras odiadas por las madres”. También la utilicé para encabezar mi libro *Horaciones* (Azafrán y Cinabrio, Guanajuato, 2011).

pero nadie lo cree”. Si hemos de creerlo, se trataría, ni más ni menos, que del protagonista del siguiente cuento que nos ocupará.

Un señor muy viejo con unas alas enormes representa otra cosa, pues estamos ante una entidad fantástica. Sin embargo, para fines analíticos, tan fantásticos son el coronel o la abuela como este señor muy viejo. Porque nuestro propósito es consignar elementos literarios que indiquen peculiaridades de los personajes por su edad; y en ese entendido es que el de las alas entra de igual modo en este recorrido. Veremos su modo personal de ser viejo.

Debilidad. Tal como el anciano de *La hojarasca*, que se distingue también por su debilidad, el de las alas cae, precisamente, por su incapacidad de mantenerse en vuelo. Así es que lo encontramos “tumbado boca abajo”, pugnando con enorme enjundia, pero “a pesar de sus grandes esfuerzos no podía levantarse”. Su debacle y aprisionamiento tienen como antecedente inmediato esa debilidad orgánica, pues de otra suerte no le sucedería todo lo que compone el relato.

Ridículo. La figura del personaje es risible. Los demás se mofan, lo maltratan y se atreven contra él porque lo encuentran indigno de respeto alguno. Lo miran allí, con el “cráneo pelado”, rumiando en silencio “su lastimosa condición de bisabuelo ensopado” que “lo había desprovisto de toda grandeza”. Aunque pudiera hacerse merecedor de un trato menos denigrante, a ese “varón de lástima” lo tenían arrinconado en un gallinero.⁸ Incluso, al ser abandonado de todos los cuidados que primero le dieron, resalta la pestilencia en su ser. La exaltación de su animalidad, de su organicidad biológica tan aparentemente mundana, hace que lo consideren “como si no fuera una criatura sobrenatural sino un animal de circo”, una bestia que es exhibida para

8 García Márquez atina en relacionar a este viejo con las gallinas, pues el objetivo es ridiculizarlo. Aunque su estructura ontológica implica que es más humano que gallináceo y, por lo tanto, debería situarse análogo al humano, el escritor lo vuelca hacia la animalidad, logrando el efecto buscado.

solaz del populacho y diversión de los niños. De hecho lo abandonan, luego de la emoción inicial, para atender a otras nuevas atracciones que arriban a la población. Advertimos que hubo un momento, al comienzo de su cautiverio en el que todos esperaban “que fuera conservado como semental”.⁹ El eje del ridículo de este viejo es su indefinida especie: no encaja en los parámetros reconocidos, pues si bien es un ser celestial, también se manifiesta como cuerpo terrestre. Es un auténtico “ángel de carne y hueso”.¹⁰

Madurez. Debido a su ambigüedad, el de las alas es visto como un animal, pero su carácter es el de un viejo sabio. En ese enlace, toca un poco del misterio y de la mística al persistir “ajeno a las impertinencias del mundo”. Observa el entorno “con ojos de anticuario” que se han vuelto turbios al paso de los años. Reacciona con paciencia a los requerimientos y agresiones de los circunstantes. Y su frugalidad se convirtió en un hábito: “nunca se supo si fue por ángel o por viejo que terminó comiendo nada más que papillas de berenjena”.¹¹

Orgullo. Hemos visto este rasgo en anteriores ejemplos. El viejo de las alas queda a la vista como un “ángel despectivo que apenas sí se dignaba mirar a los mortales”. Hay que advertir que su orgullo no es autoafirmación como en el caso del coronel, que busca trato de iguales, o de la abuela, que se siente superior; el de las alas desprecia a los mortales, su orgullo se funda más en la negación de los otros que en la afirmación

9 El ridículo del animal humano al que se le designa para la reproducción obligada está igualmente en *El asno de oro*, de Apuleyo.

10 Señalemos que esos seres transcendentales con alto contenido de biología terrestre están en el cuento de Eça de Queiroz titulado “Adán y Eva en el paraíso”, donde nuestros primeros padres son simiescos dentro de un paraíso de feroz lucha por la supervivencia. Allí, “el Padre de los Hombres dilataba aún las chatas narices y exhalaba del peludo pecho un gruñido ronco y triste”. Los ángeles, a su vez, debían bajar a la tierra con las alas plegadas, pues las jaurías salvajes se las mordisqueaban.

11 Nótese la gracia con que García Márquez trastoca el proverbial “más sabe el diablo por viejo...”

de sí mismo. El narrador enjuicia al viejo y le aplica un diagnóstico no muy sólido, encontrando en éste un “cierto desorden mental”.

Desaparición. Lo que en el coronel es inminencia de la muerte y en la abuela es liquidación efectiva, en el viejo de las alas enormes es desaparecimiento: no muere sino que rejuvenece y sube al cielo en un nuevo ciclo de su vivir. Ya había desaparecido de la mente de los pobladores, que perdieron todo asombro. Y aunque estuvo olvidado “como un moribundo sin dueño”, “inmóvil muchos días”, recuperó las plumas y con su “aleteo de buitre senil” se perdió en la distancia hasta convertirse en “un punto imaginario en el horizonte del mar”.

A la vista de lo recorrido en estas páginas, podemos resumir algunos puntos relevantes. El primero de ellos es que los tres viejos analizados, así como otros aludidos, viven tendencialmente en la *pobreza* a pesar de cambios hacia la riqueza o relaciones con los pudientes: no llega el cheque de uno, se quema toda la riqueza de la otra, nada tiene a su alcance el último. Su etapa final de la vida depende de cierta *vinculación animal*: el gallo -animal de pelea-, la nieta -bestia de apareamiento-, la ubicación como gallináceo -animal celeste-. Mantienen una posición resistente frente a la *religión*, cada cual a su modo. Sus vidas muestran una diversidad y una relación muy específica con el *alimento*: o no comen nada o no tienen para comer, o comen solamente las berenjenas; o se comen hasta el pastel envenenado. El coronel nada tiene para comer; el alado come muy poco; la abuela come masivamente. La *nostalgia* de la juventud se enfrenta a la necesidad de *rejuvenecimiento*, siendo más visible el primer polo en el coronel y la abuela y el segundo en el viejo que tenía unas alas enormes. Cada cual según su carácter, estos viejos esperan algo especial en su región, donde los animales los llevarán a una mejor cosa. Son taimados. Retornan a sus hábitos. Tienen más recuerdos pero menos memoria,

son débiles y orgullosos, o dignos. Entre todo lo visto, comparten aspectos básicos aunque mantienen sus peculiaridades.

Un punto de trasfondo sería que se relacionan todos ellos con el poder. De algún modo siempre aparece el senador, aparece el militar, aparece la jerarquía del gobierno. Estos viejos, según el breve sondeo que hemos hecho en tres textos de García Márquez, estarían siempre vinculados a una cuestión específica del poder negativa o positivamente. La abuela muestra el abuso de la persona vieja que ha acumulado poder. Por otro lado, el viejo contrario, el que sufre con impotencia la vida, que no puede abrir la ventana, que no puede cobrar el salario. Y finalmente una especie de poder desconocido, o poder trascendental, que está representado por el viejo con unas alas enormes. Esto nos podría dar algunas intuiciones para una fenomenología de la vejez en las obras de García Márquez, apuntada en la perspectiva de las relaciones de poder.

Referencias bibliográficas:

- Eliade, Mircea. (1982) *Mitos y símbolos*. Madrid. Taurus.
- Eça de Queiroz, J. M. (1988) *Rarezas de una muchacha rubia*. Madrid. Aguilar.
- García Márquez, Gabriel. (1989) *El general en su laberinto*. Buenos Aires. Sudamericana.
- García Márquez, Gabriel. (1972) *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada*. Buenos Aires. Sudamericana.
- García Márquez, Gabriel. (1974) *El otoño del patriarca*. Barcelona. Plaza & Janés.
- García Márquez, Gabriel. (1974) *La hojarasca*. Barcelona. Plaza & Janés.
- García Márquez, Gabriel. (1977) *El coronel no tiene quien le escriba*. Buenos Aires. Sudamericana.
- García Márquez, Gabriel. (2007) *Cien años de soledad*. Madrid. RAE-ASALE.